

**PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
DOCTOR ANDRÉS PASTRANA ARANGO, EN EL ACTO
DE CONMEMORACIÓN DE LOS 16 AÑOS DEL
HOLOCAUSTO DEL PALACIO DE JUSTICIA**

Bogotá, 6 de Noviembre de 2001

¡Cuántas veces el hombre se ha levantado contra el hombre, como si la herencia de Caín fuera una marca indisoluble que no podemos borrar de nuestros genes!

Aquí, en este majestuoso Palacio de Justicia que se alza sobre las ruinas del edificio incendiado, sobre las cenizas de cerca de 100 compatriotas, incluyendo 11 magistrados de la Corte Suprema de Justicia, tenemos que preguntarnos sobre la verdadera razón por la que los hermanos de sangre y de tierra pueden atentar contra sus iguales.

La respuesta es sencilla: No la hay. ¡No existen razones: sólo pretextos!

Bien lo ha dicho Álvaro Mutis en un revelador artículo: *“El hombre mata sin razón alguna, sin compasión alguna, como ningún otro animal lo ha hecho jamás. Después viste estas matanzas con endebles razones y pretextos, que sólo*

traicionan lo desaforado de su sadismo y la enfermiza capacidad de su mente para engañarse a sí misma”.

Hoy hace exactamente 16 años un puñado de hombres y mujeres armados de ametralladoras y granadas entraron por la fuerza al templo de la justicia donde gente de bien trabajaba honesta y tranquilamente. Esos guerrilleros creían que estaban haciendo patria, esos guerrilleros –tal vez- estaban revestidos de ideales. Estaban equivocados, por supuesto, pero su error no justifica sus actos.

¿Y por qué estaban equivocados? Porque pensaban, -con la absurda pretensión de un príncipe renacentista-, que el fin justifica los medios. ¡Y no es así! Hoy todos tenemos que tenerlo claro. No es posible que hayamos iniciado el tercer milenio de la civilización sin tener claro por lo menos eso: ¡Si los medios son la muerte, la tortura, el secuestro y el dolor de otro ser humano, no hay fin que los justifique!

Los hechos terribles que sacudieron la conciencia de la humanidad hace casi dos meses, estremecida ante la imagen dantesca de las torres desmoronadas, nos han ayudado a todos a superar esos sofismas, esos falsos pretextos, esos

disfraces ideológicos con que a veces juzgábamos de una manera un acto violento, si convenía a nuestros intereses, y de otra forma el que se apartaba de los mismos.

¡Ya se acabaron los grises de la interpretación de la violencia, y nos van quedando sólo el blanco y el negro! Lo digo hoy y aquí, frente a los miembros de la rama judicial de mi país, en este Palacio que nos estremece de recuerdos: No hay justificación para la violencia. ¡Se acabaron los pretextos!

No es posible, no se puede tolerar, que nadie lesione la integridad de otro ser humano bajo una pretendida reivindicación política, bajo una razón de Estado, bajo un manto religioso o por cualquier otro motivo. ¡Tenemos que ser verticales en esto! Somos humanos, no necesariamente hijos de Caín, sino antes que nada hijos de Dios, y, como tales, debemos privilegiar el sentido de lo que es ser humano.

Bien ha dicho Su Santidad Juan Pablo II unas palabras que adquieren hoy especial sentido, cuando todo el mundo se consterna y se manifiesta contra el horrendo crimen del terrorismo:

“El terrorismo nace del odio y a su vez lo alimenta, es radicalmente injusto y acrecienta las situaciones de injusticia, pues ofende gravemente a Dios y a la dignidad y los derechos de las personas. ¡Con el terror, el hombre siempre sale perdiendo! Ningún motivo, ninguna causa o ideología pueden justificarlo. Sólo la paz construye los pueblos. El terror es enemigo de la humanidad”.

Sí, ¡el terror es enemigo de la humanidad! Quien pone un carro-bomba, quien deja a pueblos enteros sin energía o alimentos, quien secuestra, masacra o asesina, porque siente que tiene más razón que los demás, porque le importa un bledo la vida ajena, ¡ese es enemigo de la humanidad!

¡Cuánto tienen que aprender los intolerantes de Aquel que nunca hirió y que, en cambio, entregó su vida y su ejemplo para enseñarnos a amar!

Ha llegado la hora de las definiciones: ¡Se está con la vida humana o contra la vida! Se está a favor de la paz o contra la paz. Esto hay que decirlo claramente: pero no con palabras que se lleva el viento, sino con hechos firmes y concretos, hechos que valen más que mil tratados de paz.

A veces, cuando pienso en esos miembros de los grupos guerrilleros o de autodefensa que creen en la violencia como argumento, no puedo menos que recordar la frase cierta y dolorida de Alexander Solzhenitsin, el genial autor del “Archipiélago Gulag” quien hablaba así de los revolucionarios rusos que perdieron el norte de sus ideales:

“¡Ciegos que conducen a ciegos, sin saber siquiera que avanzan en la dirección inversa a la que han proclamado!”

Pero están a tiempo de rectificar, están a tiempo de abrir los ojos. ¡Nunca es tarde para retomar el camino de la concordia y caminar de la mano con sus demás compatriotas por la senda del progreso y la convivencia!

Hoy lo ha dicho, con palabras de verdad, el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, doctor Jorge Antonio Castillo, a quien agradezco sus manifestaciones de aliento y de respaldo a nuestra política de paz: Los dirigentes de la guerrilla tienen la palabra.

¡Todos estamos esperando que aquellos pocos que insisten en el camino de las armas se definan, abandonen sus actos de violencia contra la población civil, se desliguen del nefasto narcotráfico y entren de una vez al sendero de la democracia! Nunca habían tenido, ni volverán a tener, una oportunidad tan grande como ésta para la paz. ¡El momento es ahora!

De este lado de la mesa estamos 40 millones de colombianos que sí tenemos claros nuestros objetivos y que marchamos juntos en nuestro apego a la democracia y a la ley. De este lado de la mesa, como lo muestra este acto en que todas las ramas del Poder Público se unen en un homenaje a la justicia sacrificada, hablamos con una sola voz, ¡porque la institucionalidad de Colombia está unida por la paz!

Apreciados amigos:

En breve descubriremos la placa que nos recuerda en letras de bronce esos nombres que ya llevamos grabados en nuestros corazones. Ellos fueron hombres y mujeres, juristas y magistrados que cumplieron fielmente con su aporte al país y a la democracia, que cultivaron con amor el jardín de las leyes y el huerto de la justicia.

Como hace un año, permítanme hoy repetir, emocionado, esos 11 nombres que evocan las mejores virtudes de Colombia y que jamás olvidaremos, esos nombres que hoy pronunciamos desde el fondo del alma como una plegaria simbólica por la paz que cultivaron con su trabajo:

Alfonso Reyes Echandía

Fabio Calderón Botero

Manuel Gaona Cruz

José Eduardo Gnecco Correa

Fanny González Franco

Carlos Medellín Forero

Ricardo Medina Moyano

Horacio Montoya Gil

Alfonso Patiño Roselli

Pedro Elías Serrano Abadía

Darío Velásquez Gaviria

¡Honor perpetuo a ellos y a su legado de patria y ley!

Hoy -al dejar este tributo a su sacrificio- hacemos un homenaje sincero a su memoria y unimos nuestras oraciones

a las de todos sus familiares para que su ejemplo de civilidad cunda y se multiplique en nuestra Patria, que no resiste más derramamiento de sangre hermana, ¡que no quiere ver morir más a Abel en nuestro suelo!

Hoy rendimos un homenaje a los mártires del Palacio de Justicia, y lo hacemos unidos en torno a la democracia y las instituciones republicanas, para que nunca más, ¡nunca más!, la justicia, garante de la paz y la concordia, sea golpeada por la vara ciega de los violentos.

Muchas gracias